

Creación, amor y revolución en conflicto

¿Cómo se concilia argumental y estructuralmente la pulsión de la creación, la intensidad del amor y la fuerza de la revolución en una novela? Si bien no son tres elementos completamente distanciados, articularlos en una narración puede ser complicado, sobre todo, por los riesgos técnicos que implica su vinculación o imbricación: la reflexión sobre la creación puede ser ingenua, las ideas sobre el amor pueden transitar la cursilería y los contenidos sobre la revolución pueden ser panfletarios. En *Salvar el fuego* (Premio Alfaguara, 2020), la novela de Guillermo Arriaga, luego de superar algunos escollos, no se consolidan estos problemas, ya que la inclinación hacia la escritura, la pasión del enamoramiento y la violencia del cambio social, elementos en constante tensión y contradicción en el texto, producen una novela que apertura varias líneas de reflexión a nivel temático y estructural. Sin duda, la lectura de *Salvar el fuego* es imprescindible para entender el desarrollo de la literatura en América Latina y su vínculo con la sociedad.

No se puede afirmar con contundencia que *Salvar el fuego* desarrolle una historia concreta, pero, sin duda, existe una atención particular en dos personajes protagónicos: José Cuauhtémoc Huiztlíc y Marina Longines. Ambos pertenecen a estratos sociales muy distintos, pero sus vidas convergen a partir de las concepciones del arte que se manifiestan en la novela. Marina es profesora de danza y JC (así se hace llamar en la novela) es un preso sentenciado por asesinato con una inclinación efervescente hacia la creación literaria. En este primer aspecto, Arriaga tiene mucho dominio escénico y destreza técnica para recrear

ambientes muy visuales de una y otra parte, es decir, la construcción ambiental es precisa. En tiempos basados en la dictadura de lo visual, esta novela emplea la descripción narrativa siempre que es necesaria. Asimismo, la forma de la convergencia de espacios ajenos es destacable, pues nunca se produce un encuentro forzado entre ambos mundos representados. Sin embargo, y este es uno de los defectos de la narración, en contadas ocasiones, las historias se desenvuelven muy cerca de lo melodramático en términos de lo que conocemos como telenovela mexicana.

Salvar el fuego supera las setecientas páginas, por lo que es necesario ordenar estructuralmente la historia para analizarla. En esta novela, existen tres líneas argumentales y un conjunto de relatos dispersos. Se justifica la división del relato en tres partes, ya que las historias se van articulando paulatinamente. Además, no se trata únicamente de una necesidad estructural, sino también de una decisión formal que contribuye a diversificar la presencia de voces narrativas bien articuladas, lo que impacta positivamente en las historias narradas. En otras palabras, cada línea argumental está narrada de una forma completamente diferente a las otras, pero se produce una complementariedad que genera una sensación de totalidad narrativa. Sin duda, esto es lo más destacable de la novela en líneas generales: se han creado tres miradas o perspectivas narrativas que contribuyen a construir un mismo mundo representado de manera compleja.

La primera línea argumental está narrada en primera persona por Marina Longines. A través de esta mirada, conocemos el estado laboral, la realidad doméstica y las inquietudes artísticas de Marina. A partir de la primera persona, nos enfrentamos a una voz testimonial, cuyo registro lingüístico y mirada de la realidad corresponde a una mujer de clase alta que posee

una vida resuelta en términos económicos. Se encuentra casada con Claudio, un exitoso empresario, con quien tiene dos hijos. Marina “complementa” su vida personal con su actividad profesional. Este aspecto es interesante, ya que se produce una evolución en este personaje. Si bien nunca pierde la carga maternal, luego de muchas acciones, su pretensión artística se impone al extremo de condicionar su visión del amor. Se manifiesta, de este modo, un trastocamiento de su vida personal a partir de la presencia del arte, el cual invade, contamina y revoluciona su concepción del amor. Es interesante cómo Arriaga plantea la visión de la vida a partir de una persona como Marina para luego destruirlo por completo. Esta es la parte más complicada de la novela, ya que, en este personaje, se manejan elementos melodramáticos con mucha sutileza, es decir, roza la ingenuidad romántica, pero la supera.

En la segunda línea argumental, se manifiesta una voz en tercera persona que narra las acciones que envuelven la vida de JC. Esta perspectiva es la más lograda, ya que se construye una atmósfera de acuerdo con un lenguaje coloquial, articulado a partir del empleo de rasgos lingüísticos de “los bajos fondos” mexicanos. Incluso, esta voz asume un pacto instructivo con el lector, ya que, a veces, se detiene para realizar aclaraciones lingüísticas. Asimismo, el desarrollo de las acciones se encuentra condicionado por la voz narrativa, es decir, se constituye una correspondencia entre el tono narrativo y las acciones descritas. Esta es una cualidad técnica en Arriaga. No es gratuita la decisión de emplear un tipo de voz. Por el contrario, la decisión se vincula con la necesidad de encontrar el mejor tono para la narración de acciones violentas. Un registro distinto implicaría una reducción de la carga sangrienta y emocional en las historias. Podríamos afirmar lo mismo respecto al registro de la primera línea argumental. Por esta razón, en Arriaga, respecto al cómo narrar, ninguna decisión es gratuita. Por otro lado, si la vida de Marina se trastoca por la presencia del arte que malquista

al amor, en JC, ocurre una situación similar, pero con otro enfoque. JC, luego de asesinar por un pulso violento gestado desde su nacimiento, encuentra en la escritura una forma de exorcizar sus demonios. Si bien esta es una concepción trillada de la escritura, en JC, se vuelve una opción que apertura la presencia del amor. La inclinación hacia la escritura la siente en la dermis, no la puede abandonar, es su único instrumento incluso en momentos en que puede perder la vida, pero todo se trastoca cuando conoce a Marina. En el caso de JC, el equilibrio de su vida es la presencia de la violencia, únicamente calmada con el descubrimiento de la escritura. Sin embargo, una vez más, la presencia del amor socaba estas bases existenciales. Si bien el dinamismo psicológico en la constitución de JC no es tan marcado como en Marina, se produce un cambio de prioridades cuando la conoce y se enamora de ella. Finalmente, en esta línea argumental y en toda la novela, no existe estabilidad de ningún tipo y en ninguna circunstancia.

La tercera línea argumental se construye a partir de una tensión entre una voz en primera y en segunda persona. La narración está a cargo de Francisco, el hermano de JC, quien se dirige a su padre, Ceferino Huiztlíc, en un tono muy complejo. Se trata de un testimonio impreciso a nivel temporal y espacial, en unas cursivas que remarcan este rasgo textual. No podemos ubicar las palabras de Francisco, pero todo lo que manifiesta permite completar los vacíos en la historia familiar de los Huiztlíc. En este contexto, destaca la presencia de Ceferino Huiztlíc, un hombre de letras y de acciones que buscaba revitalizar el pasado preoccidental de México a través de su trabajo político e intelectual. Esta inclinación hacia lo autóctono linda la paranoia y la exageración, ya que cría a sus tres hijos (JC, Francisco y Citlalli) en función de emplear las armas del pensamiento foráneo para destruir la presencia occidental y revitalizar lo autóctono. Incluso, se casa con una mujer cuya fisonomía, sangre, cultura, tradición e

historia representa todo lo que Ceferino odia. Se trata, desde su punto de vista, de una especie de victoria conyugal materializada en el sexo y en el trato hacia su esposa. Por su parte, los hijos de esta relación sintetizan física y psicológicamente el conjunto de conflictos históricos, culturales y sociales: JC tiene la fisonomía de un europeo y Francisco adquiere los rasgos físicos de un hombre autóctono. Es complicado no emplear categorías que llamen al odio o al rencor histórico, pero la novela nos confronta con esa realidad constantemente. Por ejemplo, se puede profundizar en la construcción mental de ambos hijos, quienes ya están previamente marcados por el aspecto filogenético: JC es un ser impulsivo y violento; Francisco es un hombre calmado y calculador. El carácter de ambos personajes está bien definido y la relación que manifiestan entre sí contribuye a su complejidad. No obstante, Citlalli es un personaje poco profundizado, ya que se la concibe como una mujer sexual y emocionalmente dependiente. No altera ni interfiere en el desarrollo de las acciones. Su inclusión en el relato es prescindible, es decir, se pudo aprovechar su presencia de otras maneras. Incluso, otra opción era no incluirla en el relato.

No existe una cuarta línea argumental, pero sí un conjunto de relatos ficcionales escritos por los reclusos de la prisión donde se gesta la carrera literaria de JC. Es importante mencionar que muchos de estos relatos conforman textos cuya calidad literaria es relevante, sobre todo, los escritos por JC. Algunos de sus relatos se pueden leer en claves que permiten descifrar o comprender las acciones que realiza y realizó en su vida. No debemos asumir estos textos como elementos dispersos, pues implicaría desaprovechar toda la carga semántica que poseen. Por otro lado, todos estos relatos generan una visión íntima de aquellos criminales. Como se trata de escritores de taller, muchos de ellos apelan a sus experiencias directas para escribir. Por ejemplo, algunos reclusos describen pasajes relacionados a los crímenes que

cometieron, lo cual genera una literatura estéticamente pedestre y vulgar, pero con una vitalidad potente en estado salvaje. Incluso, pueden leerse como una justificación insostenible de los crímenes cometidos por estas personas.

La novela no apela a un uso sofisticado de los tiempos narrativos, pero algunas diferencias temporales en las líneas de los relatos permiten complementar acciones, ideas o tramas inconclusas. Es decir, hay un empleo inteligente en el ensamblaje temporal de los hechos narrados. Por otro lado, en cuanto a la descripción de los espacios, si bien ya adelantamos el uso gradual de las imágenes para construir escenarios, es importante mencionar la importancia narrativa y semántica de los contextos físicos. El primer escenario que sobresale es la cárcel, ya que muchas de las acciones se desenvuelven en su interior. La cárcel opera como una especie de microcosmos que representa un macrocosmos, es decir, México o América Latina están representadas en la concepción cultural, la construcción física, la organización social y la discriminación general al interior de la cárcel. Podríamos realizar una reflexión profunda de este espacio, ya que existen muchos frentes temáticos y estructurales para hacerlo. En este caso, por razones narrativas, destacaremos la presencia de los talleres literarios que permiten plantear una concepción del arte basado en la importancia de la vitalidad o el nervio narrativo sobre la función de la técnica y la organización formal. Los presos deben manifestar lo que sienten. Esta es la premisa de los talleres y funciona en cierto modo. Además, los talleres propician el encuentro entre JC y Marina, lo cual provoca el desarrollo central de la novela. Finalmente, podríamos mencionar la descripción de las zonas adineradas y pobres de México, pero Arriaga no profundiza en estas diferencias como en otras obras como *El salvaje* (2017), su mejor novela hasta ahora.

En *Salvar el fuego*, actúan muchos personajes a partir de las líneas argumentales que hemos mencionado. Es importante fijar nuestra atención en la ubicación espacial y la procedencia social de los principales actores de la novela. Se puede agrupar a los personajes en entes mayores o generales para ubicar y comprender sus movimientos. En un lado, se encuentra el poder del Estado, el cual se manifiesta cuando reprime la presencia del crimen en el país y en la organización administrativa y política de la cárcel. El Estado como elemento represor se configura como un personaje en constante tensión con los grupos criminales organizados en función del narcotráfico y la violencia hacia los ciudadanos. Estos grupos criminales no conforman una unidad, ya que los múltiples bandos se mantienen en constante tensión y conflicto. En este contexto, sirve mucho la mediación del Estado no para reprimirlos, sino para establecer alianzas y acuerdos con alguno de los bandos, lo cual implica un relativo equilibrio ciudadano mientras los negocios criminales siguen su curso sin intromisiones estatales. Las complejas organizaciones legales e ilegales descritas se manifiestan o se representan a través de personas concretas. Entre estas, existe un personaje importante: el Máquinas. Inicialmente, es amigo de JC, pues se conocen en la cárcel. Luego, por una serie de razones sintetizadas en una mujer, terminan enemistados a muerte. El Máquinas es un personaje importante, pues busca venganza como un Oteló moderno, cuya única intención es salvar su honor. Esta rivalidad o deseo de venganza estimula el desarrollo de la novela constantemente. La configuración de este personaje es lograda, ya que sintetiza todo lo que un hombre del hampa mexicano o latinoamericano desea.

El tema que se impone en esta novela es la concepción del arte revitalizado y configurado por los elementos más básicos y sórdidos de la naturaleza humana. En este contexto, JC es el personaje que representa esta visión del arte, es decir, la creación como una forma de

estimular las partículas más elementales de la condición humana. Por esta razón, la cárcel es el receptáculo idóneo para generar o provocar este arte. Incluso, Marina, cuya vida se ha desenvuelto en un espacio social privilegiado, encuentra en su contacto con lo más podrido y carcomido de la sociedad una forma de refrescar su mirada y conseguir una perspectiva distinta, lo que se materializa en una revitalización de su visión sobre la danza. En esta novela, el arte trastoca todo: revitaliza el amor, estimula la revolución, destruye la comodidad y acerca la muerte. Por esta razón, *Salvar el fuego*, un título polisémico, es una novela que se debe leer para profundizar no solo sobre las particularidades más profundas de la psiquis humana relacionada con la creación, el amor y la revolución, sino también para analizar la estructura social, política y económica que sostiene a un país que podría ser cualquiera de América Latina.

Lenin Pantoja

Universidad Nacional Mayor de San Marcos